

de los liberales. Pero, no obstante, determinó ofrecer la resistencia que fuera posible.

El mismo día de su reaparición ante los muros de Oaxaca, el General Díaz inspeccionó todas las líneas de fortificaciones; é inmediatamente comenzó á hacer todos los arreglos necesarios para cortar toda comunicación entre la ciudad sitiada y el exterior; lo cual pronto quedó enteramente asegurado. Luego comenzó el bombardeo, con la intención de convencer á Oronoz que tendría que rendirse ó sería destruida la ciudad. Oaxaca podía haberse sostenido por un período indefinido, si no hubiera sido porque la batalla de La Carbonera había puesto en manos del comandante liberal algunos excelentes cañones rayados y otros útiles de guerra que eran invaluable para un bombardeo. Los austriacos y algunas otras tropas extranjeras que estaban dentro de los muros de la ciudad, pelearon valientemente y con la mayor desesperación, lo cual el General Díaz fué el primero en reconocer; y después de la toma de la plaza, rindió homenaje de admiración al valor y galantería de los hombres que se habían visto obligados por la suerte á rendírsele.

El décimo día del sitio fué enarbolada la bandera blanca en los muros de la ciudad sitiada; y Oronoz pidió una conferencia para considerar los términos de la rendición. Esto fué concedido; y después de una conferencia, en la cual el comandante imperialista hizo todo lo posible por asegurar términos más favorables, convino en redirse incondicionalmente. Con lo que, el último día de Octubre de 1866, Porfirio Díaz marchó dentro de la ciudad donde se mecía su cuna, y de donde había salido como prisionero hacía menos de dos años.

Después de haber dado órdenes para el establecimiento de medidas sanitarias dentro de la ciudad conquistada, y de reorganizar sus fuerzas, incorporando á su propio ejército todos aquellos imperialis-

tas que quisieron unir su fortuna con la de la causa republicana, el comandante en jefe liberal inmediatamente se preparó para marchar á la región del Istmo, donde los imperialistas estaban aún muy activos.

Durante la primera parte del mes de Diciembre se dirigió á Tehuantepec; en el camino se encontró con un cuerpo de imperialistas al mando del Coronel Toledo, los derrotó en Chitova y prosiguió directamente sobre la ciudad de Tehuantepec, donde llegó el 14 de Diciembre: el mismo día ocupó el lugar sin la menor oposición.

Dos días después derrotó al enemigo en Tequisitlán, y de nuevo, el 18 del mismo mes en Jalapa. El terror que infundía su nombre se había extendido por toda la región del Istmo antes de su llegada, y no tenía más que presentarse en cualquier lugar, para que los imperialistas huyeran al saber su proximidad. De suerte que los dos sucesos últimamente mencionados, apenas pueden ser honrados con el nombre de batallas; pues aunque el enemigo trató de resistir, en ambos casos huyó después del primer encuentro con las tropas liberales.

Habiendo limpiado el Istmo de imperialistas y alistado un buen número de nuevos reclutas, el General Díaz dejó una guarnición para defender la ciudad de Tehuantepec, y se puso en marcha de regreso á Oaxaca, donde llegó el 10 de Enero de 1867.

Durante su ausencia, el cuartelmaestre imperialista Franco, que se había grangeado el odio de los liberales á causa de sus brutalidades, había sido capturado en los momentos en que trataba de escaparse á la ciudad de México. He aquí la historia de este asunto según la relata el mismo General Díaz:

“El Obispo Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la intervención, y se asustó mucho, porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba á Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguina-

rio para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de Obispo, lo cual lo desmoralizó completamente; y otro tanto le pasó á Franco; y esto motivó la salida de ambos para Puebla (de allí siguieron á México.)

“Estando Franco en México con D. Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo, á recibir á sus respectivas familias que habían mandado traer de Oaxaca. Con este propósito salieron de México; pero, en Puebla, comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó á Franco que lo esperaría allí, si él continuaba su marcha, aconsejándole que se detuviera.

“Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cercanos de la carretera que conduce de Puebla á Tehuacán, de que llegaba á Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número que ellos podían batir, la dejaron entrar á Tlacotepec, para atacarla en dicha población con ayuda de vecindario.

“No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, donde llegó el primero, el día 6 de Enero, antes de mi regreso de Tehuantepec.

“Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instruirle el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26, y pasado por las armas, en Oaxaca, el 30 de Enero de 1867 después de haber yo salido de aquella ciudad para Puebla.”

Dice Escudero, refiriéndose al fusilamiento de Franco:

“Acaso influyó en esa ejecución un episodio des-

conocido hasta hoy y que nos creemos obligados á contar, porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios y de gloria. “Cerca de Oaxaca, en Yanhuítlán, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro, y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas, y que veían con odio al invasor y á sus aliados. Eran los Rodríguez, indios de raza pura, que á fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y gran influencia en los pueblos circunvecinos. Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional y prestó grandes auxilios al General Díaz desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero.

“Pronto fué denunciado Justo Rodríguez, el comerciante, ante el jefe imperialista, quien lo mandó reducir á prisión. Llevado el patriota ante la corte marcial, ésta lo condenó á muerte.

“Rodríguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano. La escena fué terrible entre aquellos dos hombres, el uno de los cuales iba á morir por adhesión á la patria. Después de abrazarse estrechamente, el que iba á ser fusilado dijo á su hermano el pintor:

“Quiero que me retrates en el acto.”

“¿Que te retrate?”

“Sí. Ve á traer un lienzo, pinceles y colores. Ese retrato lo llevas al General Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy pronto, y se lo entregas como un recuerdo mío, diciéndole que en esta hora suprema, sólo un favor pido, ¡que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar á uno de los que han vendido á la patria, vea mi retrato y recuerde que, al marchar al patíbulo, no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad.”

“El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir fué fusilado por los imperialistas. Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

“El General Díaz, al llegar á Yanhuitlán, se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodríguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevando el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza. En esos momentos recibió también el General en jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

“Porfirio denegó el indulto y Franco fué pasado por las armas.”

CAPITULO XXXIII.

Reconstrucción y Tentaciones.

En su regreso á Oaxaca el General Díaz se puso á reunir fuerzas y material de guerra suficientes para la campaña que se proponía emprender contra la ciudad de Puebla. Para esto era necesario encontrar dinero para pagar sus soldados y sus oficiales. No escaseaban los voluntarios, por lo que escribió á Matías Romero, representante del gobierno de Juárez en Washington, que podía fácilmente poner en campaña quince mil hombres, siendo el único problema por resolver la alimentación, el vestuario y el pago de este ejército. Al mismo tiempo manifestaba su poca voluntad de imponer contribuciones á la gente del sur de México, pues estaba muy pobre, debido á las condiciones caóticas que habían prevalecido durante tanto tiempo en la República. Romero logró conseguir armas con el producto de la venta de bonos nacionales que emitió; pero no le fué posible obtener dinero para pagar los gastos del ejército de la República. Sin embargo, Díaz, con su energía usual y su habilidad para hacerse de recursos, pudo asegurarse suficientes fondos para proseguir la campaña.

El jefe liberal mandó sus agentes á Tehuantepec y al sur, á Puebla y á Veracruz, á Tlaxcala y á México, á levantar el espíritu del pueblo; y en esos lugares, famosos jefes pertenecientes al partido liberal emprendieron separadamente campañas contra los imperialistas; campañas todas que tuvieron completo éxito.

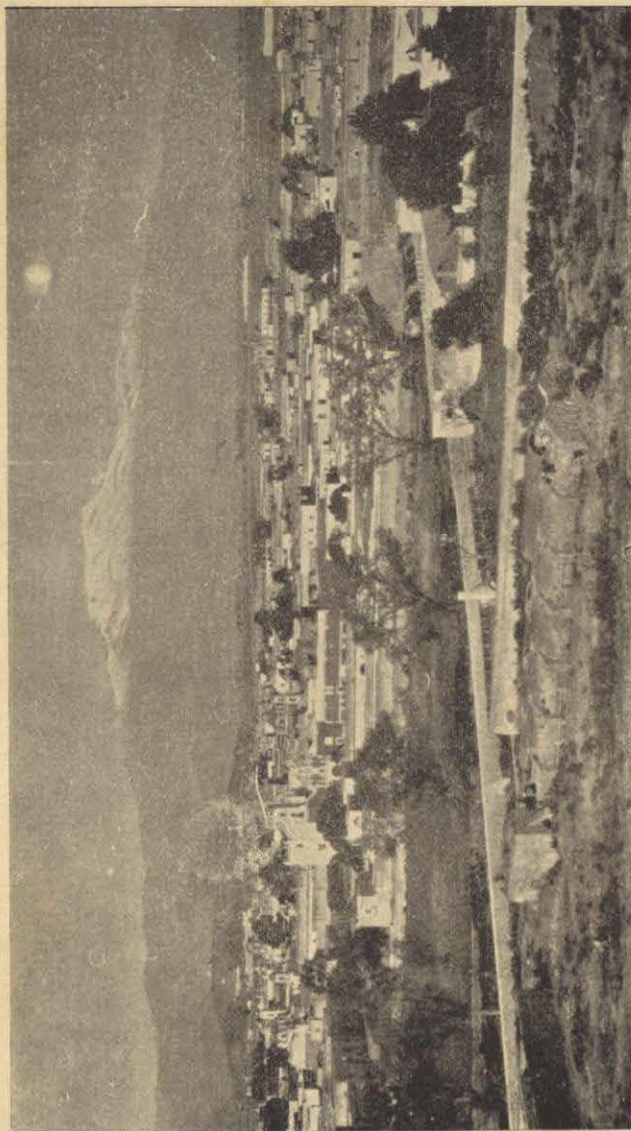
Entretanto, el cargamento de armas conseguido por Matías Romero en los Estados Unidos llegó á Minatitlán, la misma pequeña población que había presenciado una de las hazañas más características de los primeros años de la vida militar de Porfirio, y donde salvó al gobierno de Juárez un cargamento

semejante. Estas armas fueron recibidas sin contra-tiempo y transportadas al cuartel general de los liberales.

Algunas armas más fueron colectadas, por donde quiera que se pudieron obtener, ya entre los indios que las habían recibido tiempo atrás de los imperialistas, ya de los particulares y por último, de los armamentos de las poblaciones, villas y aldeas. Se fundieron cañones en Oaxaca, y se continuó con la mayor constancia reclutando y disciplinando tropas, no solamente en el Estado de Oaxaca, sino en todas las otras entidades políticas donde habían logrado asentar el pie los liberales. Por todos lados se hacían febrilmente y con el mayor vigor preparativos para la lucha que se acercaba.

El futuro comenzaba á verse muy negro para Maximiliano y el imperio. La intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México había obligado á Napoleón á retirar su ejército, y centenares de soldados franceses abandonaron la República. Sin embargo, en su mayor parte, los belgas y los austriacos se quedaron al servicio del imperio, el cual se había quedado grandemente debilitado con la retirada de los franceses y las deserciones al por mayor de los mexicanos que habían servido en el ejército imperial. El sentimiento del pueblo mexicano, que por su apatía había favorecido aparentemente al imperio tres años antes, experimentó una reacción, y los hombres se levantaban por donde quiera en defensa de la causa nacional. Pero era toda una multitud de gente pobre, sin armas é indisciplinada, que tendría que ser arreglada en otra forma antes de que se pudiera intentar el avance, aún contra los restos de las tropas disciplinadas que estaban al servicio del imperio.

Noche y día, casi sin descansar, el comandante en jefe liberal trabajaba asiduamente para convertir en orden la confusión que existía en las filas de las fuerzas que tenía á su mando. Por donde quiera sus generales, de acuerdo con sus instrucciones, reclutaban y disciplinaban soldados, colectaban armas y hacían



LA CIUDAD DE PUEBLA.

todas las provisiones que les era posible para la próxima lucha, que decidiría si México sería gobernado por un potentado extranjero, ó si se le dejaría en libertad para labrarse por sí mismo su destino político.

Maximiliano parece haber estado incierto, cuando se determinó la retirada de los franceses, acerca de lo que debería hacer en tales circunstancias. Parece no haber duda alguna de que pensó arrojarle en brazos de los liberales, y gobernar por su medio, como soberano constitucional de México. Pero éste era sueño que nunca llegaría á realizarse; porque en la mente de los liberales estaba él inseparablemente asociado con la usurpación de los derechos políticos de México como nacionalidad independiente, y con las exacciones y opresión de que había sido víctima su partido. Era mirado como el enemigo inveterado de Juárez y de todo lo que éste representaba. Pero Maximiliano, á quien constantemente le aseguraban los imperialistas que su presencia en México era indispensable para la existencia en el país de un gobierno estable, y que había sido inducido á creer que un imperio era la única solución para evitar la anarquía política que prevalecía en el país, sin duda tenía esperanzas de que el partido liberal pudiera aceptar algún convenio; en cuyo caso, él hubiera visto con buenos ojos el plan de continuar en México como jefe de un gobierno constitucional apoyado por el partido liberal. Pero la atmósfera que lo había rodeado desde que llegó á México, lo había incapacitado para hacerse cargo de la verdadera situación y para apreciar propiamente cuáles eran los sentimientos y prejuicios del partido liberal.

La siguiente exposición del mismo General Díaz parece probar que Maximiliano, en una ocasión, pensó quedarse en México uniendo su suerte con la de los liberales:

“Condujo un día, la avanzada de Acajete, por la cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, á mi cuartel general, á una persona llamada Car-

los Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que, al efecto, trajo, para recabar mi promesa de no batir al Archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos, y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara*, que los esperaba fondeada en aquel puerto.

“M. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas, y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado; que me darían el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el Señor Juárez y por los principios que profesaba; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias lo obligaban á obrar. Me pareció que M. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que esto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

“Detuve á Bournof toda la noche, para mandarle al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencias de ningún género con el enemigo; que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo, ó ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias, y que me empeñaría en hacerle prisionero y someterle á la justicia de la nación.

“En toda esa noche fué necesario fingir algunos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle en donde se había alojado Bournof, acom-

pañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera la prohibición que le impuse para abrir las ventanas. Mi objeto era que volviese con la impresión de que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerzas, cuando en realidad sólo tenía 300 caballos.”

El General Díaz había sido tentado por Bazaine:

“El Mariscal Bazaine me propuso un canje de prisioneros, que acepté, encomendando su estipulación, conforme á las bases que fijó al Coronel Don José M. Pérez Milicua, á quien sirvió de intérprete el francés Don Carlos Thiele, que con ese objeto avanzó hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el Coronel Pérez Milicua.

“Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al Mariscal Bazaine, cerca de 1,000 extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

“Cuando mandé á México á Don Carlos Thiele para terminar el arreglo del citado canje, el Mariscal Bazaine le autorizó para que me propusiera en venta fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es, á peso por fusil, y á peso también por vestuario de lienzo, con zapatos. También comprendía la propuesta, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa ofreta y por los destrozos y remates á precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos, y me negué á comprarlos, pues teniendo que dejarlos, me era más barato hacerlos ocupar como propiedad del enemigo que comprarlos, aún á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas, incluyendo á las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos

que aquél dejara en el país bajo cualquier pretexto, é imponía una fuerte multa á sus tenedores ó encubridores, la cual sería íntegramente aplicada al denunciante en cada caso, dando á éste la mayor garantía de sigilo.

“Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al Presidente Juárez, á su arribo á la capital en 1867 veintiún mil hombres perfectamente vestidos, armados y municionados, habiendo sido la mayor parte de su equipo, producto de la disposición enunciada.

“El Mariscal Bazaine me mandó decir, con el citado Thiele, que á su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verificó; y que si mientras él estaba allí, atacaba yo á la ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados para distinguirlos de los de Maximiliano; porque en ese caso se proponía regresar á la capital con pretexto ostensible de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglase satisfactoriamente para él y para mí. Entendí por esto que quería manifestar que me ayudaría á apoderarme de la capital, donde estaba el mismo Maximiliano, siempre que yo accediese, en recompensa, á ciertas insidiosas propuestas de desconocer al gobierno del Señor Juárez, con objeto de que la Francia pudiese tratar con otro gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron estas: “Diga Vd. al General Díaz, que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México.”

“No me pareció conveniente seguir relaciones que habían comenzado con motivo del canje, y se extendían después hasta donde he expresado; y así lo manifesté á Thiele para que lo comunicara á Bazaine, por toda contestación.”

FIN DEL PRIMER TOMO.

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.

